

## Más allá de un visible humano. Dumay / Dunner en Sala Gasco

Nos enfrentamos a cuestiones últimas desde el momento en que nos proponemos intentar la fabricación del ser humano. Y todas convergen en una sola: ¿cuál será su imagen?

Hans Jonas. *Philosophical Essays*

Súper estructuras, desde su nombre mismo, alude al cambio radical de escalas que trajo consigo el ingreso de la realidad a su fase de globalización y expansión planetaria. Con esto me refiero a que las obras de José Dumay y Paula Dunner reflexionan sobre las alteraciones sensoriales que la física, la biología y la economía actuales generan en nuestras habituales maneras de sentir y percibir la realidad. La particularidad de estas mutaciones, en efecto, es que nos fuerzan a ver el mundo como un fenómeno multidimensional, no susceptible de ser representado o simbolizado por ningún proceso visual elaborado desde la posición de un sujeto o una corporalidad que aún se conciben a sí mismos dentro de parámetros humanos.

Lo real, en la actualidad, ya sea por los nuevos dispositivos ópticos que la tecnología ha implementado o por los cambios sociales y económicos que desplazan continuamente los límites geográficos de la tierra, se manifiesta a la manera de un estallido sin pausa ni término. Tanto es así, que pensar imágenes que pudieran retratar ese universo en continuo crecimiento o sin contornos figurables se convierte en una tarea no solo difícil, sino casi imposible de realizar, desde la perspectiva de un individuo que solo puede percibir y registrar (ver) sus efectos parciales.

Este carácter fractal y estallado de la realidad nos obliga a habitar un campo de signos que ya no nos remite a una experiencia ordenada y coherente de las cosas ni, menos aún, a un cosmos precisable desde una perspectiva unitaria o susceptible de totalizarse en una imagen. La situación de estar inmerso en el caos o la entropía visual es la condición que más incide en nuestra incapacidad de elaborar mapas mentales que abarquen el despliegue infinito de señales con las cuales interactuamos diariamente.

De hecho, toda nuestra experiencia de mundo se funda en esquemas abstractos, ya casi no existen actividades que no requieran de diagramas y códigos que nos indiquen el lugar o el sitio que ocupamos en la red infinita de conexiones e

intercambios comunicacionales. Vivimos en realidades expandidas o caleidoscópicas, zonas en movimiento constante donde lo visual se materializa en pantallas digitales que multiplican infinitamente nuestros precarios puntos de vista: el cuerpo, lugar privilegiado del vínculo sensorial con el mundo, se comienza a experimentar como un artefacto obsoleto; los ojos, en particular, ya no son eficaces para la captación de un espectáculo visual de naturaleza tecno-barroca; nuestra mirada, finalmente, se desconecta de su dimensión psicológica, para ser absorbida por estructuras y códigos virtuales que anulan toda su potencia especular.

Dumay/Dunner no solo abordan directamente este desbordamiento o desfondamiento de nuestra mirada contemporánea, sino que también, más todavía, atienden al campo de exterioridad o extrañeza visual que tal extensión del ver actual trae consigo. Más allá de proponerse realizar imágenes que representen esta fase inédita de nuestra mirada, ambos artistas nos invitan a presenciar la expansión en sí misma.

Esto nos indica que la transformación en modelos de elaboración estética de “La máquina Atlas”, por Dumay, y del organismo, por Dunner, tiene como objetivo hacer tangible al espectador el ámbito ilimitado en el cual se desenvuelve su sensorialidad, así como entregarle pautas que le permitan descifrar un texto visual que excede lo mensurable. Es decir, lo que intentan hacer estos artistas es retratar el tránsito desde una manera de ver el mundo anclada en lo iconográfico y lo simbólico hacia una forma de sentir post-visual, que experimenta la realidad desde la captación vertiginosa de micro visualidades.

De una u otra manera, lo puesto a ver son realidades que niegan la noción de integridad y totalidad que caracteriza nuestra visión humana. Sin embargo, no es que el tema de la muestra sea el fin del hombre, del cuerpo o del sentido como totalidad, sino que los artistas nos introducen en la percepción de su acelerada disolución.

Es por esta razón que lo real como un todo jerarquizado, en Dumay, y el organismo como figura delimitable, en Dunner, son mostrados como sistemas visuales abiertos e inconclusos, siempre a la espera de un ensamble por venir. Más que realidades cerradas sobre sí mismas, al ver sus obras pensamos que de lo que se trata es de modulaciones y repeticiones que afectan directamente el núcleo narrativo del espacio en el cual han sido emplazadas.

El punto de unión que articula el proyecto, yo diría, es el big bang de nuestro universo subjetivo y corporal: la experiencia de sentir que, entre nuestro mundo y nuestro cuerpo, se ha instalado lo inconmensurable, es decir, una escala de

relaciones estéticas que evita toda posibilidad de establecer con lo visible una relación de identidad o reconocimiento. Esta intuición de un ser cuya identidad se disuelve en enjambres de signos tecnológicos y códigos genéticos es de suma importancia, pues nos deja en claro que los cambios en las formas de percepción de lo real que vendrán no dependen ya de lo que vemos o deseamos ver, sino de las aceleradas mutaciones que la ciencia y la economía planetarias imponen a nuestro cuerpo y sus modos de subjetivación.

Para comprender el desarrollo de estos problemas estéticos y sociales, es necesario analizar en términos generales el modo en que cada artista elabora un sistema de expresión que reflexiona sobre la imposibilidad de tener una imagen de mundo que concuerde con los mapas sensoriales emitidos por una subjetividad que aún se piensa dentro de categorías humanas.

Como insinué más arriba, el trabajo de Paula Dunner aborda estos cuestionamientos desde una mirada que problematiza la disolución progresiva del cuerpo humano en la recomposición biomorfa del organismo. Este problema, la artista lo desarrolla trasladando la gestualidad gráfica hacia la puntada o la costura y la pintura hacia al ejercicio de corte y ensamblado de áreas de color. Así, emergen zonas cromáticas que se componen y recomponen en función del peso y gravedad de la forma, pero también de la configuración de redes morfológicas que sugieren estar en un continuo proceso de metamorfosis o devenir.

Mediante estas artes femeninas, Dunner realiza montajes en los cuales la textura, la transparencia y el color presentes en la materialidad de telas y tejidos enfatizan la naturaleza multiforme de lo vivo, remarcando su dimensión expresiva. Estos contenidos son acentuados por un riguroso trabajo manual y una perspectiva estética que privilegia el detalle. Ambas cualidades son esenciales porque dotan a sus obras de una temporalidad de características cíclicas, naturales e intimistas. Tales aspectos nos indican que la artista no solo se apropia del imaginario de la biología contemporánea, sino que cuestiona la neutralidad propia de la mirada médica y científica.

Por otra parte, José Dumay encuentra en la máquina y en lo maquinal un referente idóneo para cartografiar los procesos de despersonalización que, en la actualidad, modelan nuestra subjetividad. Me refiero, específicamente, a que sus pinturas nos muestran un universo relacional en el cual los códigos y los mensajes se han separado completamente de su sustrato antropológico. De hecho, lo pintado ya no evoca un espacio susceptible de ser habitado por el hombre, sino que, más bien, sus figuras gráficas configuran un sistema topológico donde lo humano pareciera

no tener lugar. Esta ausencia de lugar para lo humano se refleja en la forma en que el artista produce el vaciamiento de los resabios naturalistas de la representación pictórica. Es decir, en sus obras, el cuadro ha dejado de ser un objeto material para transformarse progresivamente en un soporte virtual y en una pantalla de inscripción digital.